



**PRIMERA
SEMANA**

«Nunca exagerar mucho las cosas,
sino decir lo que siente
con moderación»

— Teresa de Jesús

LUNES 1
—
DOMINGO 7

LUNES 1

Teresa y la dificultad de ser una mujer en un mundo de hombres

¡Bendito seáis, Señor mío, que hacéis de pecina tan
sucia como yo, agua tan clara que vale para vuestra mesa!
¡Seáis alabado, oh, regalo de ángeles,
que así queréis levantar un gusano tan vil!

SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la vida*

¿Cómo comenzar este mes, este lunes?

La respuesta me ha llegado casi por casualidad: cuando he abierto el buzón de correos he encontrado una reedición de un libro de relatos, un hecho cada vez más extraño y que me ha recordado los días en los que escribí el mío. Sin embargo, una ojeada al índice me ha llamado la atención hacia el hecho de que era la única autora entre un selecto número de varones. Una queja —la de la poca visibilidad de las mujeres en general, y de las escritoras en particular— que no por repetida, casi cansina, deja de ser cierta.

Teresa me estaba guiñando un ojo desde ese índice.

Ahogué el suspiro que ya había comenzado a exhalar y me senté para pasar un rato con ella, la que fue, por excelencia, una mujer extraña entre hombres. ¿Cómo se las arregló ella?

La mujer cristiana del siglo xvi no debía ser vista ni oída, y en 1515 imperaba la necesidad de ser visiblemente cristiana. ¿Cómo podían conciliarse estos dos opuestos? Entretejidos durante siglos, moros, judíos y cristianos se habían puesto de acuerdo en un buen número de cosas, y entre ellas, la más evidente era la inferioridad y la sumisión de sus mujeres, tesoros ocultos con los que negociar y en perpetuo riesgo de ser, como estos, robados o sustituidos por otros de menor valor.

Sólo algunas excepciones, rarísimas, permitían a la mujer una vida que no fuera la del mostrarse a unos pocos parientes en la casa o en el convento: la más extraordinaria fue la de Isabel la Católica, que a una oportunidad de linaje unió una ambición clara: y, como de Teresa, se decía de ella que su espíritu era más de varón que de hembra, uno de los mayores elogios que podía recibir una muchacha.

Para cuando Teresa nace, la reina ha muerto ya. Durante cuatro siglos no habrá más reinas en España, salvo las regentes y las consortes. Se encontrarán, muy salpicadas, nobles con poder e intrigas, como la fascinante princesa de Éboli, con la que nos cruzaremos unos capítulos más adelante, o como alguna de las duquesas de Alba. Alguna escritora, muy pocas; algunas religiosas. Y nada más.

La influencia del resto, indudable, se ejerció a través de la discreción y la rebeldía y el orgullo tragado. Vivieron a través de los hijos, o se esforzaron en que las hijas de la generación siguiente pudieran tener más oportunidades... o por el contrario, mantuvieron su honra a toda costa, como parte de su deber. España ha producido un puñado de Agustinas de Aragón, ejemplos de cómo una

mujer puede llegar adonde flaquea el valor masculino, y muchas Bernardas Albas, dispuestas a que sus hijas fallecieran antes que se hablara de ellas en el pueblo, mosquitas muertas que gobernaban su familia con mano de hierro y mujeres que han trabajado como mulas en sus parcelitas, para no recibir ningún elogio, sino burlas por su condición femenina, sus menstruaciones y sus partos.

Todas las mujeres que recordamos fueron, como Teresa, féminas solas entre hombres. Tuvieron que esforzarse mucho más que ellos para alcanzar algunos logros, y recibieron (y continúan recibiendo) más críticas y juicios que ellos. Esta queja sigue encontrando eco en la mayoría de las mujeres trabajadoras, y dada la diferencia salarial entre géneros, el índice de paro femenino y las dificultades para mantener en paralelo una vida profesional y una personal, alguna razón tendrán.

Teresa, sencillamente, optó por obedecer las normas a su manera. Me hartaré de señalar que era práctica hasta la exageración, con una visión de su entorno y su realidad instantánea y sorprendentemente acertada. No podía plantearse un mundo regido por mujeres, o en el que estas fueran iguales a los varones salvo dentro de los muros de un convento, y fundó todos los que pudo. Sabía que el poder —salvo en el caso concreto de algunas viudas ricas que podían ayudarla (y a las que frecuentó todo lo que pudo)— se encontraba en manos de los hombres, y a ellos se dirigió, humilde, cuando fue necesario, insistente, y con un poder de seducción que nadie le negó nunca.

Nació rodeada de hermanos varones y, como se verá más adelante, buscó durante toda su vida amistades con hombres que le aportaran conocimientos y le allanaran el camino a la perfección: aparte de que se encontrara sumida ella misma en una cultura machista, y que habría distintas injusticias que le resultaría imposible detectar, era cierto que el número de mujeres letradas era insignificante y que ella intentaba, de manera desesperada, que le

enseñaran más de lo que sabía, que le parecía muy poco. Y que, si analizamos en detalle, no era, en realidad, tanto.

La soltura e incluso el valor que demuestra entre varones nos hablan de una niña un poco chicote, como ella misma se describe en su *Vida*, que se llevaba tantos años con sus dos hermanas que jugaba, a la fuerza, con algunos de sus ocho hermanos.

Una niña para la que su madre, muy a menudo enferma, embarazada o recuperándose de los partos, y encerrada en la cama o en sí misma, no tenía demasiado tiempo, y que como buena hija de familia numerosa, aprendió pronto a entretenerse por su cuenta. A lo largo de todos sus escritos habla con inmenso cariño de cómo creía ser la preferida de su padre y, muy posiblemente, dados los hechos, de varios de sus hermanos, que le confiaron su herencia, se involucraron en su obra y la ayudaron en lo que pudieron.

Una niña bonita, inteligente, intrépida, y con la capacidad comprobada de ser amada por ser como era, por ser ella, sin artificios ni seducciones. ¿Cuántas mujeres de su tiempo, e incluso del nuestro, se han encontrado en esas circunstancias? Menos de las que desearíamos. ¿Y cuántos talentos y capacidades hemos perdido a lo largo de los siglos por haber socavado, de manera pertinaz, la autoestima de las niñas, o por haberla ligado sólo a un comportamiento o apariencia determinada?

Con esa confianza en sí misma habla después de la exclusividad del amor a Dios, y lo hace con la certeza de ser su elegida, su preferida pese a los pecados que se reconocerá y que le dolerán tanto. También a su padre biológico le infligió serios disgustos con sus trastadas, con su mala salud, luego y con su marcha al convento, pero todo se lo perdonó.

Es fácil imaginar a una niña Teresa haciendo pucheros, primero, y manteniendo luego la mirada, o viceversa, a sus parientes varones cuando la pillaban en alguna treta

prohibida. Tan fácil como encontrarla luego haciendo lo mismo ante la temible Inquisición o cualquiera de sus confesores. Algo asustada, pero sin miedo, con la convicción íntima que da la de sentirse iluminada por la verdad —sea esta la de escaparse de casa o la de escaparse de otra casa mayor para reformar toda una orden religiosa—, de que su voluntad era la correcta, y de que estaba reforzada por un poder superior que no comprendía del todo pero que la empujaba una y otra vez hacia su objetivo.

Muchas mujeres contemporáneas se quejan de ser tratadas como niñas eternas, pero Teresa, legalmente, lo era. El que viviera como una adulta con ideas propias era algo que fastidiaba particularmente a sus padres espirituales, que no dudaban en pensar que debía ser castigada como una criatura. («Esa monja inquieta y andariega», decían de ella, con desesperación.) Fueron muchas las ocasiones en las que intentaron que así se hiciera. Sin embargo, fue un hermano en el espíritu, San Juan de la Cruz, el que fue castigado, y con crueldad, por defender sus ideas, comunes a las de Teresa. Como cuando era niña, ella se libró por muy poco; algo o alguien la protegía.

La misma ambivalencia que se discute ahora respecto al comportamiento de mujeres que se encuentran en un entorno mayoritariamente masculino, la mantenía Teresa, quizás no de forma inconsciente. Oscilaba entre ser uno más de los muchachos y convertirse en una pobre mujer desvalida que necesitaba guía y apoyo. La polémica continúa. ¿Es preciso copiar el modelo imperante, el de los varones, o crear una forma nueva de autoridad, mando y estructura empresarial? ¿Qué permitirá tener más éxito: someterse, aunque sea de boquilla, al statu quo, o rebelarse con una actitud más combativa? ¿Es lícito aprovechar el aspecto físico y el encanto, o incluso abiertamente el sexo, o se volverá luego contra la propia mujer? Aún no hay una forma natural de ser una mujer poderosa.

Desde luego, las armas sexuales le estaban vedadas a

Teresa, por muy sensuales que fueran sus escritos y las descripciones de sus encuentros con Dios, pero eso no dice nada respecto a su encanto personal y a la fascinación que despertaba. Los hombres no eran indiferentes a su carisma, como se demuestra en el hecho de que una y otra vez, cuando mantiene un cara a cara con sus superiores, ella salga vencedora, y ese encanto se mantuvo hasta el día de su muerte.

Le gustaba hablar y la charla inteligente, y damos por sentado que debía ser una buena oyente, algo muy halagador cuando quien escucha es tan valioso. Con el tiempo, la belleza física, resaltada por el hábito, debió ser sustituida por una agudeza a la hora de juzgar a quien tenía delante que pocas veces le fallaba cuando no la unía un vínculo personal.

Por mucho que veamos en sus descendientes el encierro y el silencio, Teresa se mantuvo encerrada muy poco tiempo: durante su juventud y primeros años de profesión, hasta que tomó conciencia de que deseaba emprender otro camino, recibía constantes visitas, y viajaba cuando su salud o su conveniencia lo solicitaban. Esas conversaciones en el convento, absolutamente normales en la época, la mantuvieron apartada de la oración por más de una década y, de nuevo, ella insinúa que estuvieron a punto de condenarla.

Sin duda, muchos varones frecuentarían la Encarnación, como otros (o los mismos) asistían a los salones de las damas aristocráticas, y con intención parecida: ver, ser vistos, mantener amistades convenientes, entablar contactos y cortejar, aunque fuera con la mirada y los suspiros, a las mujeres bonitas. Y allí gozaban exactamente de la situación contraria a la que describimos: un único hombre, o un puñado de ellos, con poder e influencia, se encontraban con una pléyade de mujeres que competían por su atención y su mirada.

A quien le resulte extraña la escena, que recuerde la

abundancia de mujeres que se encontraban en los conventos, la juventud de las mismas, que a veces sólo pretendían pasar allí una temporada, como la propia Teresa hizo: hay que tener presente que doña Inés, el más inocente amor de don Juan Tenorio, era una novicia, y que la deseaba más por el reto y por la virginidad.

Tampoco el atuendo variaba tanto del cotidiano como en la actualidad: la española renacentista vestía varias sayas largas, mantos, tocas y velos. El cuerpo se adivinaba, más que se mostraba, y aún menos cuando la mujer corría el riesgo de ser vista en la calle. Salvo en la riqueza de los tejidos y el uso de corsés y miriñaques, las monjas, hasta que Teresa decidió ataviarlas de otra manera, no vestían con menor complicación o sofisticación.

¿No recuerda esto a otra mujer que, siglos más tarde, también compitió en un mundo de hombres y fue adorada y odiada por muchas mujeres? Sí, seguro que la tienen en mente, una francesa de origen oscuro, con un inmenso talento, don de gentes y capacidad de adelantarse a su tiempo, una modista que, exasperada por la complicación y los colorines de las parisinas de su época dictaminó: «Voy a vestirlos a todos de negro»... y lo consiguió. Comenzaron llamándola Coco, y ahora todos la conocen por Chanel.

Pero volvamos al siglo XVI: las mujeres, maniqués de tejidos riquísimos, rígidos y pesados, mostraban las manos, muy blancas, y a veces, por descuido, un pie (los de Teresa eran considerados muy bonitos). El rostro, bien enmarcado por la toca, y quizás, de la misma manera casual, se asomaba un rizo o una trenza. Encajes, mantillas, velos que mostraban a veces sólo un ojo oscuro, bien sombreado y maquillado a la oriental, incitaban al pecado, pero pretendían, al mismo tiempo, que quien así vestía era impecablemente pura.

Sí, pero no. La más cobarde de las criaturas, pero también la más osada si algo se le antojaba. Los ataques a las mujeres y a su carencia de virtudes o de alma se ha-

bían convertido en un género en sí mismo, y una escritora tan inteligente como la propia Emilia Pardo Bazán lo cultivaba. Aún ahora se nos dice, al mismo tiempo, que somos seres perversos y lo más hermoso y válido de la creación.

En muy poca distancia, a veces en el mismo pliego, Teresa probará las dos tácticas: dirá de sí misma que tiene todos los pecados, «que para ello basta ser mujer para caérseme las alas: cuantimás, mujer y ruin». Y un poco más adelante asegurará que nada la asustaba, que tenía una gran fuerza de ánimo «que dicen no le tengo pequeño, y que Dios me ha dado más del que correspondía a una mujer».

Teresa se asegurará de dar ánimos a sus monjas con su ejemplo, y en ocasiones dirá que si ella ha podido, con su mala salud, sus errores y sus contradicciones, cualquiera podrá. Otras se admirará de lo mucho que ha conseguido, para adjudicarle rápidamente el mérito a la fuerza que Dios le da y para instar a sus hijas a que la soliciten y sigan su camino. Precisamente en esas contradicciones radica parte de su encanto, de su actualidad. No sabía cómo se sentiría de hora en hora y se aferraba a la única seguridad que tenía: su fe en Dios y en sí misma.

Mientras coloco mi libro nuevo, ese pedacito de libro donde mi nombre nada entre tantos masculinos, siento la tentación de imaginarme a una Santa ya mayor, casi una anciana para la época, consciente de que es tan inteligente como muchos hombres y más que la mayoría de ellos, y muy sabedora del privilegio de su cercanía a Dios.

Sin ni por un momento osar compararme con ella, la imagino reclinada sobre su escritorio, con una vela o con la árida luz castellana incidiendo sobre el manuscrito; piensa primero en la metáfora que mejor la definirá como un ser insignificante, privado del menor mérito. Luego,

en la última donación que ha recibido de alguno de los señores que podían ayudarla. Y no cabe duda de que la monja que yo me imagino se reiría bajito, meneando la cabeza y con un suspiro de resignación ante la estupidez humana.